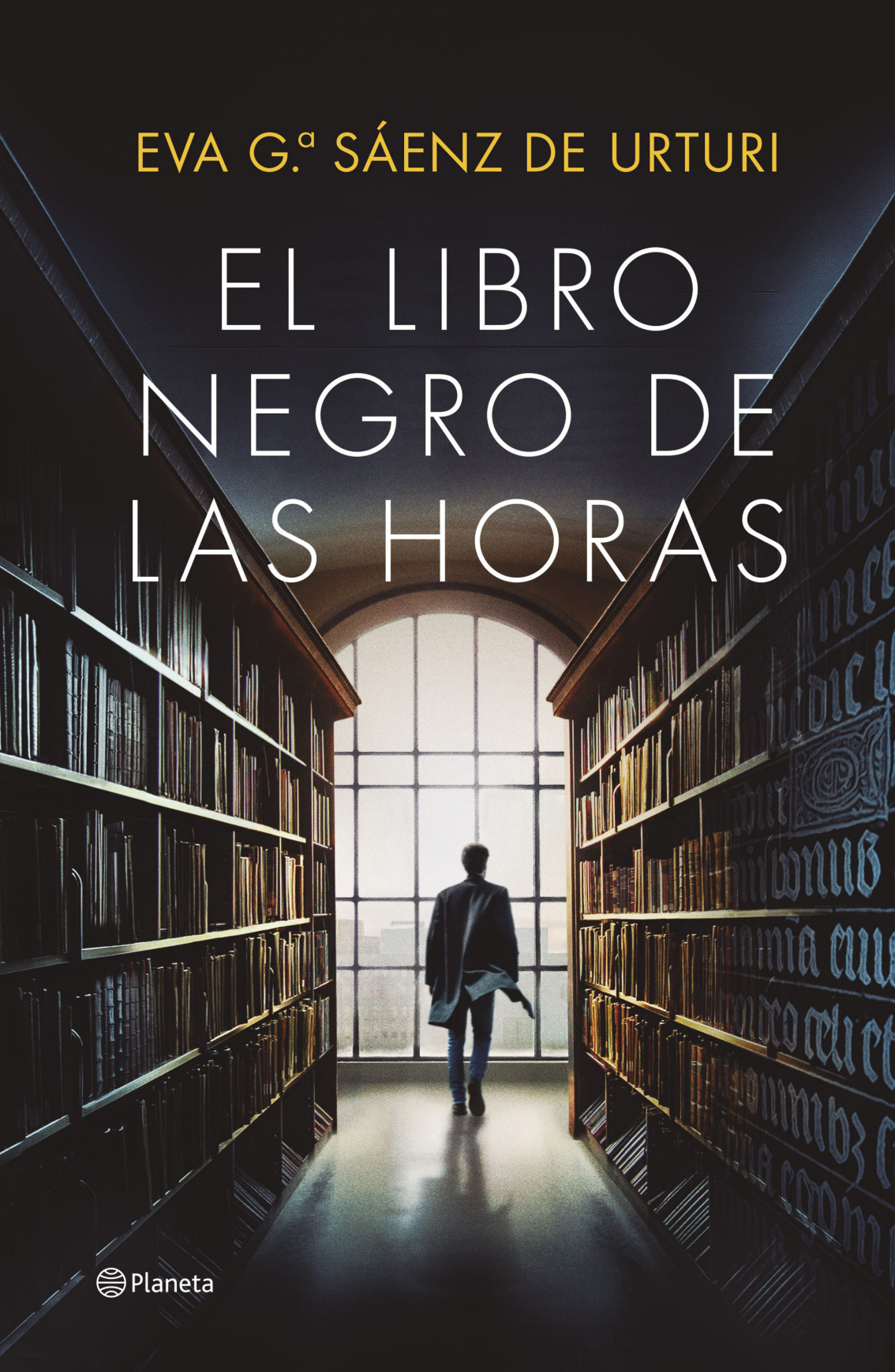


EVA G.^a SÁENZ DE URTURI

EL LIBRO NEGRO DE LAS HORAS



Eva García Sáenz de Urturi



El Libro Negro de las Horas

García Sáenz de Urturi, Eva
El libro negro de las horas / Eva García Sáenz de Urturi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.
376 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7531-1

1. Narrativa Española. 2. Novelas de Misterio. 3. Novelas de Suspenso. I. Título.
CDD A863

© Eva María García Sáenz de Urturi, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Diseño de la colección: © Compañía

Página 7

Fragmento de Otras maneras de usar la boca, *Seix Barral, 2015*

© Rupi Kaur (trad. Elvira Sastre)

Página 24

Fragmento de Piu Avanti, Siete sonetos medicinales

Pedro Bonifacio Palacios, Almafuerte, 1907

Página 60

Julio Cortázar

Fragmento de Rayuela

© Sucesión Julio Cortázar, 1963

Página 137

Fragmento de Olvidado rey Gudú, *Destino, 1996*

© Ana María Matute

Página 368 y 369

Camino a Ítaca

Constantino Cavafis, 1911

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las imágenes publicadas en esta obra

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores

Derechos reservados de esta edición

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: marzo de 2022

3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7531-1

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de febrero de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

SECUESTRAR UNA MUERTA

Mayo de 2022

Alguien que lleva muerto cuarenta años no puede ser secuestrado y, desde luego, no puede sangrar.

Y mucho menos sangrar profusamente en una elitista editorial de facsímiles en la que también ha sido asesinada Sarah Morgan, una prestigiosa profesional de la bibliofilia, cuando un valioso incunable estalló —sí, explotó— porque una mente enferma y desatada aplicó una capa de glicerina sobre su cubierta tras modificarla hasta convertirla en letal.

Me llamo Unai, me llaman Kraken. La sangre que apareció junto al cadáver era de mi madre, fallecida en 1982 según la lápida del cementerio de Villaverde a la que llevo toda la vida rezando mientras coloco lavanda junto a unas letras que ahora se revelan falsas.

Pero aquí empieza mi historia.

Unos minutos antes de recibir la llamada que me cambió la vida paseaba por el museo de naipes entre impresas y planchas antiguas, rodeado de piedra de sillería y de coloridas barajas de los cinco continentes.

—¿Inspector Kraken? —preguntó una voz metálica distorsionada por un modulador de voz.

—Ya no —le recordé.

Me había retirado del servicio activo y ahora ejercía de formador de perfiladores criminales en la Academia de Arkaute. Mi vida era más calmada desde entonces... e insoportablemente predecible.

—Escuche atentamente: tengo a su madre y no se la devolveré viva hasta que usted no nos entregue el *Libro Negro de las Horas* de Constanza de Navarra.

—Mi madre está muerta y enterrada —acerté a decir—. Mire, es una broma de muy mal gusto, no sé cómo ha conseguido mi número, pero...

—Si estaría mejor informado, sabría que su madre es la mejor falsificadora de libros de coleccionista de la historia, y para desgracia de los bibliófilos de todo el mundo continúa en activo —me interrumpió la voz, bastante impaciente.

Tenía una aplicación para grabar conversaciones y la activé de inmediato. Mi cerebro de perfilador, ese que nunca se fue, se puso en marcha al escuchar tantos detalles y tan elaborados. No era un bromista, detecté urgencia y algo parecido a la rabia contenida. Había más, mucho más, debajo de aquella voz extremadamente educada.

—Tiene que ser un error —insistí. Tenía que conseguir que continuara hablando—. ¿A quién creen exactamente que han secuestrado?

Me dijo un nombre, no lo había escuchado en mi vida. El nudo en el estómago dejó de apretar. Solo era un error, el mundo volvía a estar en su sitio: la tierra a mis pies, el cielo sobre mi cabeza. El Loco de una baraja del XVII ya no se burlaba de mí desde la vitrina de cristal.

—No es mi madre, pero en todo caso, si es cierto que tienen retenida a una persona en contra de su voluntad, voy a...

—Sí que es su madre —volvió a interrumpirme—. Va-

mos a enviarle hoy mismo a su domicilio una muestra del ADN de nuestra cautiva. Lo recibirá en unas horas. Cotéjelo, le damos unos días para que lo compruebe y después póngase en marcha con la recuperación del *Libro de las Horas*. Es un anciano de seiscientos años que merece más respeto que usted y que yo mismo. Tiene siete días. En caso contrario, ella explotará.

Después me dio detalles claros y concretos de las condiciones en las que se llevaría a cabo la siguiente llamada.

... Pero yo me había quedado en lo del ADN, a lo del libro anciano no llegué a encontrarle sentido, y menos lo de hacer explotar a nadie.

Tenía pocos recuerdos de mi madre, murió de una complicación tras el parto de Germán. Yo tenía apenas seis años. Después ocurrió lo de mi padre... Los abuelos se hicieron cargo y nos criaron. Pocas preguntas y menos respuestas cuando comprendimos lo mucho que les dolían. Uno de los pocos detalles que nos llegaron era que tenían una pequeña librería en el Casco Viejo que bajó la persiana tras su muerte.

—Pues póngamelo fácil —dije cambiando de estrategia—. Ya que usted sabe mi nombre, ¿cómo debo dirigirme a usted?

—Calibán, puede llamarme Calibán.

—¿Perdone?

—¿Pero qué clase de educación le dieron a usted? Calibán, el personaje de Shakespeare en *La tempestad*.

—*La tempestad*, por supuesto —contesté, por decir algo—. Calibán entonces. Deme datos de ese *Libro Negro de las Horas*, no tengo ni idea de lo que me está hablando ni de cómo conseguirlo.

Pero entonces se escuchó un golpe y algo que identifiqué como un grito.

—¿Oiga, sigue ahí? —pregunté alarmado.

Y entonces la voz cambió, era otra, también distorsionada, pero lo que escuché me fulminó el cerebro:

—¡Unai, hijo! ¡No...! —Después otro golpe, después silencio. Después colgaron.

Y yo me quedé allí, apoyado en la pared de sillería del museo, con aquel «Unai, hijo» que me dejó temblando. Temblando como nunca antes.

Porque un hijo reconoce el grito de su madre, y yo llevaba cuarenta años pensando que las letras de metal que certificaban la muerte en las lápidas de los cementerios eran verdades absolutas.

A Calibán le bastó una semana para desbaratar todas las certezas sobre las que había cimentado mi vida.

EL LIBRO NEGRO DE LAS HORAS

Mayo de 2022

Me lancé a la calle adoquinada, aquella tarde llovía a cántaros, el suelo de la Cuchillería resbalaba, pero corrí hacia mi piso, en la plaza de la Virgen Blanca, en el corazón de la ciudad.

Marqué el número de Esti. Ella continuaba en activo como inspectora de la División Criminal. Estíbaliz Ruiz de Gauna tenía el alma caliente y las ideas muy claras. Era una combinación ganadora, y yo necesitaba desesperadamente una buena carta porque no sabía si tenía delante un farol o un payaso.

—Esti, he recibido una llamada de un supuesto secuestrador. La he grabado y quiero que la escuches. Te la paso.

Colgué y se la envié. Esperé un par de minutos y volví a llamar.

—¿La has escuchado?

—Eres huérfano desde niño, ¿de qué va todo esto?
—contestó aturdida.

—Tiene que ser una broma de muy mal gusto. No sé qué credibilidad darle, la verdad.

Había llegado ya a mi portal, subí los tres pisos dando zancadas. Y no sé por qué, me fui a los ventanales para controlar desde allí toda la plaza de la Virgen Blanca.

—Ha de ser una broma —coincidió—, pero me inquieta mucho lo del *Libro Negro de las Horas*.

—Por el librero anticuario que ha aparecido asesinado, ¿verdad? Por eso te he llamado. Es demasiada casualidad.

Un par de días antes nos habíamos despertado con una inquietante noticia: el más conocido de los libreros anticuarios de la zona norte había aparecido muerto en su propio local, la prestigiosa librería Montecristo, la cueva de Alí Babá para bibliófilos de todo el mundo a la que peregrinaban en busca de incunables y ediciones raras de biblias en lemosín.

Se llamaba Edmundo, y aunque no se apellidaba Dan-tés, él se hacía llamar el Conde.

Era un personaje que no pasaba desapercibido, seductor y derrochador. Su empleada lo había encontrado en la trastienda, posiblemente envenenado con alguna sustancia volátil, porque ella también se intoxicó al respirar el aire y acabó en el hospital de Txagorritxu.

—¿Qué puedes contarme del librero, algún elemento en común con el *Libro Negro de las Horas*? —quise saber.

—No sé nada de libros de horas, ni sé todavía si le robaron algún ejemplar valioso. Su muerte fue provocada, en todo caso. Estamos interrogando a su entorno. Edmundo no era un hombre discreto precisamente, era de los que alardeaban de sus últimas adquisiciones en libros de coleccionista. Estaba casado con la heredera de los Goya, diez años mayor que él.

—¿Los Goya, los de las confiterías?

—No sé si están emparentados o son una rama, pero sí que proviene de una familia de empresarios de toda la vida —me aclaró—. No tenían hijos, ella es directiva de la Fundación Sancho el Sabio, es una mecenas en el mundo de la cultura. También he de decirte que no me lo está poniendo fácil para tomarle la primera declaración. Lleva

dos días dándome largas por teléfono. O es muy estoica o la he visto muy entera. Pero ahora mismo vamos a centrarnos en la llamada que has recibido y lo trataremos como un posible secuestro. Hay dos voces, dos personas implicadas. Voy a pasar esta grabación al laboratorio de Acústica Forense y hay que preparar un operativo. El tal Calibán dice que te enviará el ADN de la rehén en unas horas. Vendrá a través de un mensajero, imagino, pero vamos a detenerlo y rastreamos el origen del envío. ¿Estás en tu piso, en Vitoria?

—Sí, aquí estoy, si me ponéis un par de compañeros, estaré bien. Habla con el laboratorio y avisa de que puede que en unas horas les enviemos dos muestras de ADN para cotejar, que le den prioridad. Sea quien sea que esté secuestrada, hubo gritos y forcejeos, está en peligro.

—Pensaba hacerlo, después me acerco a tu piso. Si llega en unas horas, seré útil a tu lado. Pero, Kraken...

Solo Esti me seguía llamando Kraken, y no me molestaba.

—Tu madre murió cuando nació Germán, ¿verdad?

—Está enterrada junto a mi padre en Villaverde. Era de Madrid y no tenía familia, y mis abuelos la acogieron como a una hija desde el principio. Sí, esa es mi historia familiar, el abuelo no puede haberme mentido durante cuarenta años, ¿no crees?

—No, si queda alguien de fiar en este mundo, desde luego es el abuelo. Es solo por asegurarme. De todos modos, ha dicho un nombre. No es nada común. ¿Lo habías escuchado alguna vez? —preguntó mi compañera.

—No creo que nadie que conozca se llame así, me acordaría. El apellido es otra cosa.

—Desde luego —convino ella—, y si esa mujer existiera, tendría que haber nacido en los cincuenta. Voy a lanzar una búsqueda en las bases de datos. Si el tal Calibán afirma

que es la mejor falsificadora de libros antiguos, puede que esté fichada. Te cuelgo y me pongo a ello.

Llegó la noche y no apareció ningún mensajero. Bajé varias veces a comprobar el buzón, pero el portal estaba vigilado y solo entraron los vecinos. Aun así me aseguré, por si alguien los había interceptado y les había encargado que metiesen algún sobre en mi buzón. Pero seguía vacío.

Llamé a Alba, conciliábamos como podíamos entre su trabajo al frente del hotel palacio en Laguardia y mis clases de Perfilación en la Academia de Arkaute, a la salida de Vitoria. Nuestra hija Deba crecía feliz y precoz, había cumplido ya cinco años. Yo vivía a caballo entre Vitoria, Laguardia y Villaverde, donde mi abuelo casi centenario se empeñaba en vivir solo mientras bajaba todos los días a cuidar la huerta, como si el tiempo contase de otra manera en su organismo.

Hablé también con el director de la Academia de Arkaute, opté por tomarme unos días libres a la vista de los acontecimientos.

Transcurrió un día completo y nadie acudió a mi portal de Vitoria ni al de Laguardia. Llamé a Estúbaliz.

—Aquí no se presenta nadie, y, en todo caso, tienes a dos agentes vigilando. Me siento un inútil sin adelantar nada y la cuenta atrás de Calibán sigue adelante.

—He dado parte al comisario Medina de la llamada del secuestro. Me ha hecho trasladarte que te puedes incorporar cuando quieras en calidad de asesor en Perfilación, como cuando te encargaste del caso de «Los ritos del agua». Yo necesito ayuda, no te lo voy a negar. Hace dos días hicimos la inspección técnica ocular, pero la librería continúa

precintada. Me interesa mucho que veas el escenario del crimen y me des tu opinión como perfilador. Te llevo los informes y nos vemos ahí. Todavía estamos a la espera de los resultados con la autopsia, pero la empleada que lo encontró ya ha salido de peligro, aunque sigue ingresada en Txagorritxu y, si quieres, podemos tomarle declaración. También a su viuda, sigue sin ponérmelo fácil.

—Ten un poco de paciencia, acaba de perder a su marido. Muchos se bloquean y no están preparados para hablar tan pronto con la policía.

—No sé, más que afectada, la encontré muy fría. En todo caso, tengo por delante una inmensa lista de amistades y colegas de profesión en el mundo de la bibliofilia. Edmundo era el típico hiperconector. Y podemos aprovechar para preguntarles por el *Libro Negro de las Horas* y ganar tiempo. Necesito cribarlos y comenzar a elaborar la lista de personas de interés, quiero estudiar su historia personal y policial. Si encontramos algo, pediré información de sus cuentas a los bancos.

—De acuerdo, voy a llamar al comisario Medina para decirle que agradezco la oferta y que voy a colaborar en el caso de Edmundo —le dije.

—Entonces tienes que saber una cosa, Kraken.

—¿De qué se trata?

—Vi cómo quedó el cadáver, y había algo muy patológico en el modo en que sucedió todo. Solo espero que detrás del asesinato en la librería Montecristo no esté ese tal Calibán que supuestamente ha secuestrado a tu madre muerta.